



REFLEXIONES SOBRE CULTURA, DESARROLLO Y GLOBALIZACIÓN DESDE LAS DISCIPLINAS SOCIALES

Mario Orellana Rodríguez¹

RESUMEN:

A partir del uso de los conceptos de cultura y desarrollo, se aborda el análisis de éstos, dentro del proceso de globalización que vivimos. Nuestra aproximación debe conducirnos a un tratamiento multidisciplinario que obviamente se encuentra, en gran parte, en todos los estudios que hacen los científicos sociales.

Palabras claves: cultura, desarrollo, globalización, antropología, ciencias sociales.

ABSTRACT:

REFLECTIONS ON CULTURE, DEVELOPMENT AND GLOBALIZACIÓN FROM THE SOCIAL DISCIPLINES

Within the globalization process that we lived, it is worth to approach the analysis of the use of the culture concepts and development. Our approach must lead us to a multidisciplinary treatment that it is found, to a great extent, in the studies made by social scientists.

Key words: culture, development, globalization, anthropology, social sciences.

Como se sabe muy bien, los conceptos básicos de “Cultura”, “Desarrollo” y “Globalización” pertenecen, los dos primeros, desde el siglo XVIII, al vocabulario de las disciplinas sociales y el tercero, es de reciente incorporación (siglo XX); éstas las han trabajado, enriquecido y a partir de ellas se han generalizado y son usados por muchas otras ciencias.

De todos modos, hay que reconocer que los temas relacionados con estos conceptos son complejos, con muchos rostros y abordables desde diversas perspectivas. Por ejemplo, si hacemos interactuar los conceptos cultura y desarrollo estamos dándole un contenido a este último, mucho más rico que el que tradicionalmente se usa, especialmente en la política y en la economía (cumplimiento de ciertas metas para superar, especialmente en la extrema pobreza de las naciones de África, Asia y América del Centro y del Sur, y poder, así, alcanzar porcentajes de crecimiento en áreas de la educación, salud, vivienda, etc.).

Ahora bien, hay que precisar, desde la perspectiva de las ciencias sociales, qué contenido vamos a darle a los conceptos antes mencionados y, por lo tanto, qué sentido van a alcanzar en nuestras discusiones y cuál va a ser el contexto de la cultura, del desarrollo y de la globalización.

Pensamos que las ventajas de un especialista en ciencias sociales, es que puede tener suficientes antecedentes empíricos y teóricos para definir el campo de reflexión que se va a escoger.

El concepto de cultura, por ejemplo, adquiere en antropología un contenido y sentido muy diferente al que suele usarse no sólo en el vocabulario popular sino incluso entre los

¹ Orellana Rodríguez, Mario, Premio Nacional de Historia (1994).

impulsores de políticas culturales. Este concepto no solamente debe usarse como sinónimo de obras y actividades teatrales, literarias, artísticas, musicales, artesanales, en sus más variadas expresiones, o como sinónimo de conocimiento, sino que debe considerarse en sus dimensiones sociales, temporales-históricas, espaciales-territoriales y ontológicas. Es verdad que el concepto cultura, en antropología, puede dimensionarse de muchas maneras, pero, básicamente, es la expresión más totalizadora de la condición del ser humano, tanto como ente individual como social, que debe ser estudiada a través del tiempo histórico (y prehistórico) y en contextos sociales de diferentes complejidades organizacionales.

Los conceptos de cultura y sub-cultura, aplicados a los contextos urbanos, campesinos, marginales, étnicos, etc., son usados por los antropólogos y de ellos se han trasplantado a otros especialistas de las ciencias sociales y de las humanidades.

Incluso se ha sostenido que no es posible identificar sociedades, naciones o grupos étnicos si no se conoce su cultura; entonces el término de cultura, en ciertos estudiosos, se identifica con el de sociedad. Así este concepto de cultura no sólo es la producción creadora de las personas y de los grupos sociales, en antítesis con el de naturaleza, sino que expresaría el conjunto de actividades y pensamientos, de creencias religiosas, de organizaciones sociales y políticas, de tradiciones y valores, de tecnologías y formas económicas, que realizan los hombres en interacción y que mantienen a través del tiempo histórico, especialmente a través de la educación integral, alcanzando *una unidad sociocultural* reconocible como propia, pero a la vez diferente de otras unidades, incluso contemporáneas.

Visto desde la perspectiva rigurosamente antropológica las unidades reconocibles pueden ser muy elementales (desde la familia, pasando por comunidades de familias extensas, colectivos de individuos asociados por ciertas actividades o creencias); pero si todas ellas tienen algunas características comunes pueden ser relacionadas y constituir conjuntos mayores estructurados en diferentes niveles de complejidad (etnias, pueblos, naciones, estados, etc.). Esta identificación cultural puede ejemplificarse por idiomas comunes, por credos religiosos o visiones del mundo compartidas, por dominios de un territorio conocido, por sistemas de organización definidos, por tradiciones y valores expresados en una educación homogénea, etc.

¿Qué sucede, entonces, con estas unidades, identificadas cultural y socialmente, cuando pensamos en los conceptos de cambio, de desarrollo, de avance, de progreso, en un mundo cada vez más integrado por los procesos de globalización?

Podemos observar, por ejemplo, que nuestra realidad nacional se modifica, que siempre ha estado cambiando y que continuará transformándose; que, a través de nuestra historia común, hay situaciones de variación y hay otras que se mantienen; bastaría señalar para ejemplificar esto último que nuestra lengua principal, el español, continúa dándonos unidad; incluso podríamos agregar que la religión cristiana es una constante en más de 400 años de historia; pero ¿es suficiente lo anterior para definir una identidad cultural?, ¿cómo precisar identidades culturales si ellas están cambiando y si son tan variados los grupos sociales que integran una cultura?

¿Deberán formar parte necesaria del concepto de identidad cultural las transformaciones constantes de la realidad socio-cultural? ¿O tendremos que elaborar una nueva

terminología que se haga cargo de uno de los signos distintivos de la vida socio-cultural, el cambio, que cada vez más se fortalece por las permanentes comunicaciones de todo tipo?

El otro concepto que debe ser visto desde la óptica de las disciplinas sociales es el de "desarrollo". Reconozcamos que él nos acompaña en nuestro país desde hace 50 años, a pesar de todas las variaciones teóricas que ha sufrido. ¿Cómo entendemos este concepto tan enraizado entre nosotros y que ha disputado con otros conceptos el corazón de la interpretación social?

Sabemos que no sólo tiene que ver con lo económico, con el crecimiento, con el avance material, ni tampoco, únicamente, con la transformación de la complejidad tecnológica o de la organización social. El desarrollo es indudablemente sinónimo de crecimiento de todo lo anterior, pero también es algo más, y este algo más adquiere sentido cuando se le conjuga con el concepto de cultura, tal como lo hemos definido. No es una parte de la cultura la que debe crecer, sino que toda ella, y, por lo tanto, los seres humanos, por ejemplo, en sus valores éticos y estéticos, o alcanzando armonía en la creatividad humana con su entorno social y natural, o desarrollando su organización política en relación directa con las necesidades sociales y económicas de las grandes mayorías de la nación.

Así el desarrollo tiene como finalidad al hombre individual y social y éste debe ser visto como sujeto y no sólo como objeto; no sólo como expresión de índices estadísticos que muestran el crecimiento del alfabetismo, de las viviendas, de la atención de la salud primaria o de la superación de la pobreza. Por supuesto que esto es valioso, pero no es suficiente.

Es tarea nuestra, desde las ciencias sociales, pensar el desarrollo de nuestra cultura –con toda la diversidad existente y con los cambios sucesivos– y pronosticar seriamente cómo será nuestro crecimiento interior y exterior, nuestro crecimiento como nación, a partir de nuevas políticas, de nuevas realizaciones, de nuevas expresiones educacionales e incluso de nuevas instituciones. Tenemos que definir metas por alcanzar, en temas tan fundamentales como democracia, derechos humanos, respeto al ambiente natural, respeto a las creencias y filosofías, respeto a todo tipo de minorías, etc., en donde el logro que se busca sea integrador, no parcial, ni menos fragmentado de la realidad total que es la cultura, obra maestra de la humanidad, justificación del ser humano.

Pero, estas aspiraciones pueden ser frustradas por la invasión de ideas y de productos venidos del exterior que, aunque necesarios, a su vez podrían desintegrar a una cultura. ¿Somos capaces como país de incorporar bienes culturales y económicos sin afectar nuestra identidad?

Es obvio que nosotros entendemos por globalización mucho más que "*la tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales*". Esta definición, que se encuentra en cualquier diccionario, se caracteriza, igual que el concepto de Desarrollo, por enfatizar sólo los aspectos económicos y de bienes materiales. Mas, ¿qué sucede con el mundo de las ideas, de las ideologías, de los bienes culturales, de los tradicionales?

Si la globalización se entiende como un esfuerzo legítimo de integrarse al mundo, de intercambiar productos de todo tipo, de recibir y entregar información científica, cultural,

etc., no creemos que esto sea negativo. El problema se encuentra cuando la dirección de la integración está dirigida por centros de poder políticos y económicos, que expresan ideologías contrarias a los valores y tradiciones de nuestro país. Entonces, no se puede aceptar que lo que entra destruya lo que está dentro, que lo externo altere fuertemente lo interno. ¿Quién puede controlar que esto no suceda?, ¿cómo?

Sólo un proyecto nacional que se arraigue en la educación, en el respeto de nuestras tradiciones, en nuestro estilo de vida, en lo que viene de nuestros padres, en nuestro patrimonio, en fin, en nuestra cultura, logrará seleccionar lo que le es necesario a nuestra nación y rechazar lo que le es perjudicial.

Son muchos los bienes culturales que siempre han modificado el desarrollo de las culturas: los procesos de influencias, de transculturación son muy conocidos por los científicos sociales, incluso sabemos que las culturas y pueblos que han recibido estas influencias sufren cambios. Pero, si ellos significan un enriquecimiento mayor (nuevos conocimientos científicos, creaciones culturales-artísticas, aplicaciones tecnológicas, etc.), ¿cómo desaprovecharlo?

Nuestra preocupación tiene que ver con la contradicción que puede existir entre lo nuestro y lo de afuera, que, a su vez, es resultado de la asimetría existente entre las naciones subdesarrolladas y aquéllas muy desarrolladas.

Hemos señalado que un proyecto de educación nacional que enriquezca la formación de los obreros, de los campesinos y de los otros grupos sociales (empleados, profesionales, etc.) tiene que apoyarse en la relación armoniosa de la educación primaria, media y superior. He aquí otra tarea que debemos enfrentar en nuestro presente. Sin embargo, hay que reconocer que cualquier esfuerzo legítimo de insistir en una educación que se fundamente en las costumbres y normas locales y nacionales, en el pasado y en el desarrollo presente del país, no puede dejar de reconocer que existe un contexto general, una realidad que muestra una convergencia de las naciones hacia una totalidad internacional.

Aunque siempre en nuestra historia se han vivido procesos de intercambios, en donde muchos rasgos culturales extranjeros han participado en el desarrollo nacional, hoy en día las influencias externas de todo tipo se introducen fuertemente gracias a los múltiples medios de comunicación y a una red comercial muy desarrollada.

Por todo lo anterior, se justifica plenamente fortalecer la educación nacional, centrada en su historia, en sus valores y en el conocimiento adquirido por nuestro país. Esta educación deberá servir de malla seleccionadora de los muchos objetos, conceptos, imágenes y mensajes que nos llegan. Una educación reflexiva nos ayudará a dejar de lado los excesos y las desmesuras externas, aceptando lo mejor del proceso de globalización: ciencia, tecnología, arte y humanidades que estén al servicio de nuestro desarrollo humano y nacional.